

Una encuesta política en la España de la preguerra

A comienzos de 1934 ya no bajaban puras las otrora cristalinas aguas de aquel metafórico arroyo al que Ortega y Gasset recurrió para reflejar cabalmente la limpia implantación de la República. Descabelladas intentonas, huelgas revolucionarias, sórdidas represiones, la frustrada sublevación de Sanjurjo y, por fin, como símbolos máximos de una realidad crispada, los nombres de Castilblanco y Arnedo más el definitivo colofón de Casas Viejas: la violencia había sembrado de incertidumbre el porvenir de la República.

Rota, desgarrada, la conjunción gubernamental, desunidos y aún enfrentados sus antiguos integrantes, las elecciones de noviembre del 33, saldadas con el triunfo de las derechas, convertirían a la CEDA en el primer partido del Parlamento. El octubre de Asturias, sus 4.000 muertos y la consiguiente estela de cárceles, pesares y destrucciones, dibujaba sus dramáticos contornos en el horizonte.

El panorama internacional tampoco resultaba precisamente halagüeño: Hitler, canciller desde el 30 de enero de 1933, había conseguido, gracias al manipulado incendio del Reichstag, que los diputados alemanes, con la digna excepción de los socialdemócratas, le concediesen plenos poderes por un período de cuatro años, mientras Mussolini, sólidamente afianzada su dictadura, no cesaba de prodigar amenazas de rearme ni de alardear con tenebrosas pretensiones imperialistas. Desde Moscú, por su parte, la Internacional Comunista seguía transmitiendo a las distintas secciones nacionales las sectarias consignas de aquella política de «frente unido de los trabajadores» que tan crudamente se había revelado fracasada en Alemania. En febrero del 34, coincidiendo con la publicación de los reportajes que a continuación van a ocuparnos, el Gobierno católico de Austria añadió el nombre de los obreros socialistas de Viena a la nada envidiable relación de las sangrientas represiones interiores más excesivas. Aquellos sucesos conmocionaron a Europa, al mundo. ¿Fascismo o comunismo? La interrogación no escondía una clave retórica.

Tratando de satisfacer la inquietud de sus lectores, Federico M. Alcázar, redactor de *La Voz*, una especie de réplica popular de *El Sol*¹, indagó entre varios de los mejores escritores españoles de la época. Han transcurrido cerca de cincuenta años. Nada justifica tan prolongada desmemoria.

¹ Nicolás María de Urgoiti fundó en 1920 *La Voz* para equilibrar el balance de la empresa editora de *El Sol*, periódico que, no obstante su inmenso prestigio e indiscutida calidad, perdía bastante dinero a causa de sus numerosas páginas y el crecido montante de su nómina, desembolsos que de ninguna manera llegaban a cubrir los ingresos de venta y publicidad. En esencia, *La Voz* sustentaba el mismo ideario que *El Sol*, aunque dando a los temas un tratamiento menos elevado, más popular. Estos reportajes de Alcázar responden y reflejan muy bien sus características.

1. Pío Baroja: el escepticismo, la desconfianza

El sencillo novelista vasco, dispuesto como siempre a entablar conversación, recibió sin dificultades al periodista. Amable y relajado, su desconcertante normalidad, exótica en medio de tanta injustificada petulancia altisonante como le rodeaba, confiere un tono de plácida cotidianeidad a este primer reportaje.

«A mí no me gusta —comenzó— dar opiniones políticas prácticas porque no tengo mucha confianza en mis ideas. Ni en las mías ni en las ajenas», agregó —según Alcázar— con un gesto de amable escepticismo. «En estas cuestiones lo único que vale es lo empírico demostrado.

No creo en la posibilidad en España del fascismo ni del comunismo —continuó—. El fascismo ha crecido en Italia y en Alemania en medios militarizados y patriotas que no existen en nuestro país. Nosotros no tenemos alma de fascistas. No hemos cantado nunca ningún *Deutschland über alles*, ni siquiera una *Giovinnezza*. Aquí hay un espíritu de patriotismo literario viejo y un poco cursi: la raza latina, los Reyes Católicos, Colón, el Imperio español... Todo eso es literatura manida y fósil que no llega a la multitud. Es cosa de academia, de literatos desconocidos y de funcionarios retirados; ideas que pueden servir un momento de adorno y de divisa para estudiantes y señoritos reaccionarios. Hablar del imperio español es absurdo. Los españoles podemos entusiasmarnos con las aventuras de nuestros héroes de la conquista de América: Cortés, Pizarro, Almagro, Valdivia, etc., virtuosos de la energía; pero entusiasmarnos con la obra que dejaron es ridículo, porque esa obra de españolización de gran parte del continente americano no nos da gloria, ni dinero, ni nada.

Como digo —insistía—, no creo en el fascismo. Ahora, lo que no me parece difícil es que más pronto o más tarde haya una dictadura dentro de la República española, de aire técnico, clara o disimulada.»

Satisfecha la primera pregunta, Alcázar le inquirió por la suerte que auguraba al comunismo. Baroja, coherente consigo mismo, tampoco creía en sus posibilidades:

«... lo encuentro irrealizable —afirmó—. Eso de la dictadura del proletariado es un lugar común de mitin que no puede engañar a nadie. Si fuese posible que triunfase dentro de la República una tendencia comunista veríamos algo semejante a lo que hemos visto con el semitriunfo socialista después de la revolución de abril. Veríamos más empleados, más burócratas, más oficinas. Veríamos ministros comunistas en magníficos automóviles blindados, con policías por delante y policías por detrás; las reformas aparecerían en la "Gaceta" y se llevarían a cabo como la reforma agraria, es decir, nunca. Habría nuevos Casas Viejas, el dinero de las empresas industriales se vendría abajo, habría más parados y el papel del Estado seguiría arriba. El fiasco sería completo, porque si los españoles somos torpes en una sociedad poco colectivista, y, por tanto, sencilla, con una más colectivista seríamos torpísimos. Para mí la solución es, no más Estado, sino menos Estado, el mínimo de Estado posible. Como digo, en calidad de solución, no creo en el fascismo, ni en el comunismo, ni en el anarquismo. Ahora, luchar contra ellos como se quiere luchar no dejándolos respirar, impidiendo sus reuniones y que se publiquen sus periódicos, me parece una estupidez. En el fascismo naciente, republicanos y socialistas han cometido una torpeza. Ante una tendencia que probablemente habría de venir, lo más lógico habría sido dejarle el paso abierto; pronto hubiera mostrado la oquedad de sus entrañas.

Cuanta más violencia y más fuera de la ley se coloque a esos sistemas, tendrán más presión. En cambio, al aire libre irían desenvolviéndose poco a poco.»

A continuación, desde su sabio sentido común, don Pío amagaba un gesto desdeñoso. Alcázar le había preguntado por el Parlamento, el Charladero Nacional en estricta denominación barojiana ².

«El parlamentarismo actual es una institución caduca, de muy poco valor, que hace una selección a la inversa —contestó rotundo—. La prueba está —razonaba— en que si mañana un periodista extranjero nos preguntase: *Quisiera conocer el estado espiritual de España. ¿A quién cree usted que debo dirigirme?*, le contestaríamos, sin prejuicio hostil para nadie: vea usted a Ortega y Gasset; hable usted con Cajal, con Unamuno, con Menéndez Pidal, con Benavente, con Marañón, con Azorín... Por excepción, se nos ocurriría citar el nombre de algún político o de algún diputado, y es que tenemos la idea, ya antigua, de que ellos son los que gobiernan a España, pero que no saben una palabra de lo que es España.

—Pero ellos creen lo contrario —apuntó Alcázar.

—¡Hombre, claro! —exclamó el novelista—. El tonto no cree que es tonto. Pero créame usted: la formación espiritual de la mayoría de los políticos es de recortes de periódicos. Por eso, en el fondo, miran con hostilidad a la prensa, a pesar de halagarla. Porque conocen su preparación.

—¿Y no ve usted medio de transformar el parlamentarismo? —insistió el periodista.

—No sé, no sé —vaciló—. Yo creo que tal vez fuera eficaz el llevarlo a congresos regionales, corporativos, patronales y obreros, sin ninguna tradición histórica, formados por necesidades geográficas y económicas, y que en Madrid no debía haber más que una especie de Consejo de Estado técnico. Esto me parece que sería quitar a la política ese aire sensacional de un dramatismo pueril, ridículo, de baja literatura, y dedicarla a ver si podía mejorar las condiciones de la vida, que es lo que nos interesa a todos.

El maestro hace punto final en la charla; Alcázar termina con unas atinadas palabras de Ortega y Gasset: Baroja “siempre dirá lo que siente y sentirá lo que vive”, apuntaba el filósofo, “porque no vive —seguía— al servicio y domesticidad de nada que no sea su vida misma, ni siquiera el arte, o la ciencia o la justicia. Llámese a esto si se quiere nihilismo; pero, entonces, es nihilismo la actitud sublime: sentir lo que se siente y no lo que nos mandan sentir”. Se trata, sin duda, de una certera definición.»

(*La Voz*, Madrid, 27 de enero de 1934, pág. 2.)

2. Jacinto Benavente: escepticismo, pero esperanza

Tras Baroja, tres días después, Benavente. El dramaturgo tampoco creía factible la implantación de ninguna dictadura en nuestro país. ¿En qué se basaba? ¿Cuáles eran sus razones?: el célebre individualismo español, extrañamente interpretado —no sólo por él— como una garantía de libertad. Nadie parecía reparar en las infinitas posibilidades que dicho sentimiento individualista brindaba a cualquier movimiento dictatorial que se mostrase dispuesto a apurar hasta sus últimas consecuencias todos

² Véase su artículo «Lo que nos importa», publicado en *El Globo*, Madrid, 5-IV-1903, y recopilado en *Hojas sueltas*, tomo II. Madrid, Caro Raggio, 1973, págs. 241-3.

los mecanismos de la violencia. Benavente, que acabaría dando un penoso ejemplo de insolidario individualismo al plegarse con sumisa —y temblorosa— docilidad a la dictadura franquista, mantuvo este diálogo con Alcázar:

«No creo en el fascismo; mejor dicho, en la posibilidad de su implantación en España —comenzó—. Y si llegara a realizarse duraría poco. Todas las dictaduras ejercen sobre las multitudes un espejismo, una sugestión, porque fomentan sus instintos primarios; pero carecen de valor permanente. Llevan en su aparente virtud su limitación; son contrarias a la naturaleza humana. Como que la civilización tiende a disminuir los poderes coercitivos. Se soportan, pero no se acatan espiritualmente, que es lo interesante. Por eso se derrumban.»

Bien, así empezó Benavente. Pero Alcázar se apresuró a recordarle que el fascismo llevaba una larga temporada implantado en Italia.

«Cierto —reconoció—. Es un hecho que no puede negarse. ¿Pero qué suponen —objetó— quince o veinte años de permanencia de un régimen en la vida de un pueblo, y sobre todo para juzgar de su bondad y eficacia? Claro que para los individuos que lo sufren equivale a una eternidad; pero un sistema de esta naturaleza hay que verlo proyectado en la distancia, y la distancia en la evolución de un pueblo se mide algunas veces por siglos.»

Distancia, evolución, perspectivas... El, don Jacinto Benavente, impertérrito, continuó engolfado en sus disquisiciones:

«... el fascismo es un régimen de caudillaje, necesita de un sedimento militarista, nacionalista, y masas jóvenes que lo acojan con fervor, y sobre todo, y esto es lo más importante, un caudillo, un caudillo que los sugestione y enardezca. ¿Y dónde está ese caudillo español tipo Mussolini o Hitler?»

—Los fascistas —le señaló Alcázar— confían en que surgirá.

—Puede ser —respondió Benavente—... (pero) desconfío de una organización que espera la llegada de un caudillo. Precisamente, el fascismo se forma en torno a una figura que encarna un sentimiento. Le repito —insistió— que no creo en eso, aunque los acontecimientos me sorprendan...

—¿Tampoco en el comunismo? —apuró el periodista.

—Tampoco —reafirmó seguro—. Es otra dictadura que no llegará a prosperar en España. Somos demasiado individualistas para soportar un régimen semejante. Tal vez la clase media y los intelectuales lo soportaran momentáneamente por resignación y filosofía; pero ¿el pueblo?, ¿los trabajadores? ¡Imposible! Serían los primeros en rebelarse. Cuando yo veía en Rusia aquellas colas de gente esperando pacientemente a que les dieran media libra de azúcar y una de pan, pensaba lo difícil que sería en España obligar a las mujeres y a los obreros a soportar esta larga espera.

El reportero supo intensificar la conversación: «Pues los obreros contemplan a Rusia como un paraíso», se limitó a insinuar. Aquello provocó un largo párrafo:

«¿Paraíso?», exclamó extrañado Benavente. ¿Pero usted cree que si fuera así yo no hubiese realizado todo lo que tengo y viviría allí? Mire usted, el error inicial de los caudillos comunistas estriba en creer que estos regímenes de tipo excepcional y heroico son susceptibles de implantarse en todos los pueblos. Rusia es un clima adecuado para el comunismo o para el zarismo. La raza eslava tiene una tradición de esclavitud y misticismo propicia a estas dictaduras. Si a esto agrega usted su ignorancia, tendrá explicado el hecho del comunismo ruso. Cuando Occidente había abandonado el Renacimiento y la Reforma se iniciaba en Rusia la Edad Moderna. Y a pesar de todo esto, si no surge en Rusia la guerra, y con ella el desastre y el hambre, no creo que se hubiera implantado el comunismo. Además, que el comunismo ruso ya no es lo que era hace ocho años. Convencido de que así no podía sostenerse, evoluciona de día en día, buscando una fórmula más racional y humana. Todos los